

Los cuentos que os presentamos a continuación podéis utilizarlos como lo que son: una chispa de humor e ingenio sobre temas tan serios y trascendentales como una homilía, un relato del Antiguo Testamento (Los 7 trabajos de Sansón), una parábola de Jesús y por último, la historia de Pulgarcito pero al revés. Espero que os ayuden al menos a darle la vuelta a nuestros cuentos tradicionales.

La homilía

El cura sabe latín, pero ignora casi todo lo que está escrito en latín. Los respuestas de las ánimas ni siquiera le suenan a latín sino a calderilla menuda para las «obras» del purgatorio. Nunca se ha parado a pensar si esas obras son de reconstrucción, ampliación o demolición del edificio.

Tampoco sabe el cura otras muchas cosas, por ejemplo que el señor Sheling, con mucho dolor de cabeza, ha descubierto que el Absoluto es la indiferencia absoluta de la que proviene toda diferencia concreta, o sea, yendo por derecho, el redondo, el dorado flan que se marca la abuela Genara para la fiesta de San Antonio, un flan del que come medio pueblo y cuyo molde podría servir para fundir una campana.

El cura no tendría el talento suficiente par ponerse a pensar que ese Absoluto indiferente no puede explicar las diferencias que de él se derivan puesto que la indiferencia no se puede extraer ninguna diferencia. Y mucho menos un flan.

El cura no sabe que entonces vino Hegel, con su correspondiente dolor de cabeza, e ideó el concepto de Absoluto de tal manera que esa multiplicidad diferenciada no fuese más que el desarrollo y la estructuración de algo que ya estaba, funcionaba y hasta se veía por parte de dentro del Absoluto. Y que por allí andaría, es un suponer, la receta y el tamaño del flan de la señora Genara. Demasiado para el cuerpo campechano del señor cura.

El señor cura es campesino por parte de la mayoría familiar y de nuestro santo patrono San Isidro labrador que trabajaba a relevos con los ángeles.

Durante los estudios, sacó sobresaliente en catecismo (el Ripalda y el Astete, que de los otros no había), se anduvo ten con ten con la Retórica y atravesó como un paciente israelita el desierto de la Filosofía. El hombre tenía, sin embargo, algún punto digno de atención, decían que era humilde.

Cuando el obispo le ordenó de cura, las unciones litúrgicas no lograron suavizarle las maneras pero él se llevó un susto de alma hasta el punto de que ahora mismo no sabría explicarse un par de cosas: cómo pudo seguir llamándose Hermógenes Rocín y afeitándose a navaja cada mañana, antes de la misa, sin desollarse el pescuezo. Por las emociones mayormente.

Pero las cosas son las cosas y, al fin y al cabo, los monseñores de la curia procuraron colocarle la misa y la mesa entre jaras y cantos, por tierras de serranía, donde el pelaje se le notara menos. Y si se le notaba, tanto daba.

Las gentes del pueblo saben leer apenas, prefieren no enterarse. Están convencidas de que las cosas importantes se las cuentan las tierras, las cosas de distraerse se las trae la radio y para las obligaciones con Dios allí está el señor cura.

Lo que pasa es que a veces les aburre y otras veces hasta les vienen ganas de atajarle la prédica y gritarle:

—*Está claro, está claro, Jesús qué hombre tan pelma. Si eso ya lo sabemos, si el día que él nos falte, predicador no ha de faltar, que unos más, otros menos, no hay feligrés que no tenga en la memoria el sermón de San Isidro o alguna de las siete palabras de Nuestro Señor Jesucristo o los nueve lamentos de la novena de Animas. ¡Si va un cuarto de siglo repitiendo lo mismo! Esto es como una noria trasegando un día tras otro las mismísimas aguas.*

—Pues sí, era como una noria, que eso fue lo que al cura se le vino en el sueño de una noche de verano, porque a Hermógenes rocín se le aclaraba Dios en sueños como a los profetas.

* * * *



Educación religiosa en familia

Jesús estaba arriba, en el altar mayor, con la casulla de raso del día de San Antonio, que era el patrón segundo. Le quedaba perfecta de caída, tal que ni cortada para él. En la casulla habían bordado un perro o quizás un cordero, un ejemplar extraño entre la zoología y la botánica. Los niños de la escuela de doña Rosita aseguraban que era el perro de San Roque. Doña Rosita, muy culta ella, precisaba que aquello era el Agnus Dei, lo cual significa el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Jesús, ajeno a todo esto, celebraba la misa. Se volvía despacio, separaba las manos y decía:

—*Estoy con vosotros.*

El monaguillo contestaba:

—*¡Y todos encantados!*

Y él, Hermógenes Rocín, siguiendo la misa desde el sitial del obispo con un poco de vergüenza y saliéndose la papada por el filo del alzacuello.

De pronto Jesús se volvió para la homilía y dijo:

—*Semejante es el Reino de los Cielos a un padre que tenía dos hijos. Un día...*

Jesús se calló. Entonces el señor cura se creyó en la obligación de continuar:

—*...un día, el hijo menor dijo a su padre: dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia.*

Ahora fué el cura quien se detuvo.

Entonces doña Rosita, la maestra, que todo lo sabía, echó su cuarto a espadas:

—*Al hijo mayor le quedaron las viñas, unas hermosas viñas que daban cosecha un par de veces al año porque por algo eran los tiempos de Nuestro Señor Jesucristo. Y el hijo menor se llevó su parte en reales contantes y sonantes. ¿Y sabéis, mis queridos hermanos, lo que hizo?*

La señora maestra creó un silencio de expectación. Pero Nanduco, que es el vivales de la escuela, que sabe capar moscas y buscar palabrotas en el diccionario, contestó muy de prisa:

—*Se lo gastó con furcias.*

Doña Rosita se puso como un ascua. Al cura le pareció sentir en las orejas el silbo del Maligno. Nuestro Señor Jesucristo sonreía suavemente y tomó de nuevo la palabra:

—*Eso es, se lo gastó con furcias.*

El cura tiró entonces de los registros más recios de la voz y dijo como un trueno:

—*Pero sobrevino una gran hambre en el país.*

Y describió la gran hambre con el mismo conocimiento de causa con que hubiera descrito la naturaleza de un ángel.

La maestra no se dejó ganar por la mano y abundó en los detalles:

—*Sobrevino una gran hambre y el mozuelo tuvo que pensar en buscarse trabajo. Las gentes de las alquerías le miraban las manos y meneaban la cabeza; eran blancas y débiles como lonchas de queso. No tendrían fuerzas para nada. Los señoritos no sirven...*

A Doña Rosita le entró de pronto una duda, ¿para qué no servían los señoritos? Ella era, sencilla y llanamente, la señorita, la titular de la escuela, el hada buena de la parroquia; enseñaba el catecismo, tocaba el armonium de oído y le lavaba y planchaba las enaguas al Santo Cristo de vestir.

Se corrigió con un leve carraspeo y dijo:

—*Un libertino no sirve para el trabajo porque...*

Y apostilló Nanduco:

—*Porque dice mi padre que tienen manos de marica.*

A Nanduco le pusieron de rodillas en el presbiterio.

Volvió a levantarse la voz de Jesús contando lo de los cerdos y las bellotas. Se fajó el señor cura con el lamento del mozo que añoraba la casa de su padre. Entró a varas la maestra contando con trémolos y dengues lo del regreso al hogar. Se atrevió de nuevo la voz de Nanduco, que seguía de rodillas, proclamando con dolorosa seriedad:

—*¡Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti!*

Jesús sacó las conclusiones. El cura dijo que había que cumplirlas. La maestra prometió que les daría a sus alumnos las órdenes pertinentes. Nanduco dijo entonces que si todos estaban tan ocupados se encargaría él de cumplirlas.

* * * *

Educación religiosa en familia

Al terminar la misa, el cura se creyó en la obligación de presentar sus excusas a Jesús.

Desayunaban mano a mano en la galería de la rectoral contemplando los cerezos maduros y el vuelo obscuro de los tordos.

Iba el cura a comenzar su discurso cuando Jesús le interrumpió:

—*Desayuna tranquilo, Hermógenes Rocín. El chocolate es algo que ni quita ni pone en el Reino de los Cielos. Aprovéchate ahora. ¿Y qué vas a decirme que no sepa? La misa que acabamos de decir, si eso te preocupa, ha sido una misa católica, apostólica y romana. Dime en qué hemos faltado. Ya sé que tú prefieres decir la por tu cuenta, personalizar el misterio, montarte en la palabra como en una cabalgadura y hacer en solitario kilómetros de camino por tus vericuetos mentales. Aburres a mi gente con rara habilidad. Veo cada domingo el sestear de las ovejas mientras tu palabra rebota de cabeza en cabeza como una pelota.*

Sin embargo, te sublevas cuando las cosas ocurren como esta mañana. ¿Viste qué maravilla? Mi palabra chispeaba de unos labios a otros, fluía como el agua. He vuelto a recuperar mi parábola. ¿O acaso te imaginas que yo la había contado tan escuetamente con mi evangelista? Oh no, yo hablé toda una tarde y es muy posible que la señora maestra, mi devota, se haya aproximado en más de un punto a la versión original. Y mira, no me enmiendes la plana, mi versión también es la de Nanduco.

Jesús se llevó a la boca un picatoste. Luego continuó:

—*Eres un ventajista. Te has apuntado un buen tanto con la descripción del hambre. ¿Quién te lo ha contado?*

El cura encajó la ironía y respondió con sofoco:

—*Visito a mis feligreses. Este año se dieron mal los campos porque os quedáis con las lluvias allá arriba. Y en las casas hay hambre, más de la que imaginas.*

—*No tengo imaginación, dijo Jesús; yo echo mis cuentas por la realidad. Aun guardo en mi memoria el recuerdo de una cuaresma en que a punto estuve de convertir en pan una montaña. Aquello sí era hambre. Pero de todas formas fue lo más creíble de lo que dijiste. No tengo inconveniente en que sigas ensanchando de barriga si el corazón te crece al mismo compás.*

Jesús se levantó.

—*Espero, dijo, que el próximo domingo no te tomes la revancha.*

—*¿Y por qué habría de tomármela?*

—*Porque toca la parábola del sembrador.*

Los ojos de Hermógenes Rocín relucieron de gusto.

—*Soy hijo de labradores. Me sé desde chico esa faena.*

—*Eso quería decirte —replicó Jesús— Detrás de cada puerta de tu parroquia hay un labrador. No te metas a dar lecciones que ya se las saben todos.*

—*¿Y entonces qué debo hacer?*

—*Sencillamente sembrar.*

Y Jesús extendió el brazo con el amplio ademán de arrojar la semilla más allá de la galería soleada.

* * * *

Pudo ser un capricho más del sueño, pero el cura creyó ver que los árboles se despoblaban de pájaros y que caían en bandadas sobre el camino.

—*¿Lo ves?, dijo Jesús, sigue habiendo una parte del grano que se la comen los pájaros. Servidumbres de la siembra, Hermógenes Rocín, que no deben desanimarte.*

Se acercó a la puerta y se volvió sonriendo:

—*Hasta el próximo sueño.*

Los siete trabajos de Sansón

- ¿A que te zurro la badana?
- ¿A que te parto una costilla?
- ¡Atrévete a llamármelo!
- ¡Filisteo, filisteo, filisteo!

Y ¡pin, pan, pun, zassss!

Esta era, poco más o menos, la batalla diaria en la escuela hebrea de Timná. La de los filisteos quedaba más al centro y era más bonita. Y es que los filisteos se habían cogido para sí lo mejorcito de la ciudad ya que tenían un poderoso ejército y el respaldo de los bancos más importantes del país.

A los hebreos los habían arrinconado en el ghetto donde pudieran estar bajo control de las fuerzas de seguridad. Por eso, cuando los rapazuelos hebreos buscaban pelea, no podían inventarse otro mote que les pusiera más a punto: —¡Filisteo, filisteo! —Y se montaba el tiberio.

En cambio, la gente mayor se pasaba los días en silencio, encomendándose al Señor y echando de menos los tiempos de Moisés que les había sacado tan prodigiosamente de las garras de los faraones, en Egipto.

En sus oraciones murmuraban cosas como éstas:

—Vivimos de nuevo como esclavos, la historia de tu pueblo ha retrocedido dos siglos y tenemos que tragarnos cada día cien cántaros de odio. Ya no podemos más, ¿por qué no dices nada?

Y Dios, que no decía nada, les envió a un hombre tremendo que se llamaba Sansón. Su musculatura era de hierro y la pelambre de su cabeza se encrespaba como una selva. A veces se la peinaba y la recogía sobre la espalda en una cola de caballo.

A la madre se Sansón le había dicho el Señor:

— Toda la fuerza de este niño le va a salir del pelo; prométeme que no meterás nunca tijera en su cabeza.

Ella se lo prometió y Sansón se hizo tan fuerte que realizó siete trabajos; nunca otro varón menos forzudo que él los hubiera realizado.

Los siete fueron hechos para castigar a los enemigos del pueblo del Señor.

PRIMER TRABAJO

El primer trabajo fue matar a un león. Sansón ya tenía edad para casarse y se iba a buscar novia entre las mozas filisteas que le gustaban más que las del barrio.

Iba comiendo uvas al lado de una viñas cuando salió un león de entre las cepas. Sansón no llevaba en la mano ni una vara de mimbre. Se las vio cuerpo a cuerpo con la fiera y la desjarretó dejándola tendida en el viñedo. Ya vendrían los buitres a lo suyo. Luego siguió camino, entró en la ciudad y allí buscó una moza con la que se apalabró para casarse.

A los pocos días, al regresar a su casa, pudo ver que los buitres habían hecho su trabajo: el esqueleto del león aparecía mondo y lirondo a pleno sol. Un enjambre



de abejas se le había metido entre las costillas y habían fabricado un panal de rica miel. Sansón, encantado, se lo comió.

El día de la boda, la casa estaba llena de filisteos que eran parientes y conocidos de la novia. A Sansón le gustaba la novia pero le caía fatal la parentela, así que para incordiarles les propuso este acertijo:

Del que mucho come
saqué de comer,
del que no era dulce
yo saqué la miel.

Y les dijo Sansón:

— Si me lo acertáis os hago un regalo de treinta camisas, treinta camisetas y treinta calzoncillos pero si no, me las tendréis que regalar vosotros a mí.

Ellos se mordían las uñas porque no daban con el "quid" del acertijo. Entonces le dijeron a la novia:

— Mira, tú eres parienta nuestra y ese hombrachón hebreo que te ha tomado por esposa nos está tomando a nosotros por el pito del sereno. Anda y sonsácale el tema.

Ella recostó su cabeza sobre el pecho de Sansón, se le puso de almibar y le dijo:

— ¡Ay, que poco me quieres si a tu dulce gatita filisteas no le cuentas de qué va la adivinanza!

Y Sansón se lo contó.

Cuando los filisteos se enteraron se pusieron muy contentos y le dijeron a Sansón:

— ¡Es un león, un león que estaba muerto y que tenía entre las paletillas un panal de miel!

Sansón se puso furioso y miró a su mujer con ojos amargos:

— Lo habéis adivinado porque me he casado con una chivata.

Y pegó un portazo y desapareció.

SEGUNDO TRABAJO

El segundo trabajo fue terrible. Sansón bajó al pueblo vecino que se llamaba Ascalón y se cargó por las buenas a treinta vecinos. Les quitó la ropa, les dejó en pelota picada, y se llevó las treinta camisetas y los treinta calzoncillos para cumplir su palabra con los filisteos. Pero ya no quiso oír hablar de su mujer.

TERCER TRABAJO

Sin embargo, cuando llegaron los hermosos días del verano, Sansón la echó de menos. Creía percibir su perfume en la tórrida naturaleza. Y entonces cogió el mejor cabrito del rebaño y se presentó en casa de su suegro.

— Vengo a perdonar a la lengualarga de mi mujer.

Pero su suegro le dijo:

— Como tú no volvías ya la casé con otro.

Entonces Sansón se tiró al monte y se puso a cazar zorras hasta que reunió unas trescientas, todas vivas. Las amarró por parejas, rabo con rabo, y le puso entre los rabos una antorcha encendida. Luego las soltó por los trigales que ya estaban por la siega y el fuego se propagó en un santiamén arrasando las cosechas. Se quedaron los campos como la senda de los elefantes (véase película).

CUARTO TRABAJO

El cuarto trabajo fue consecuencia del tercero. Los filisteos buscaban a Sansón para ajustarle las cuentas por lo de las cosechas. Subieron hasta la casa de su padre y la quemaron.

Sansón salió tras ellos y les zurró una gran paliza, una paliza de uno contra ciento, pero luego no le quedó más remedio que esconderse en los montes porque iban a venir a buscarlo con el ejército.

Se refugió en un lugar que se llamaba la Peña del Buitre y que en el pueblo decían Peñalbuitre.

QUINTO TRABAJO

El quinto trabajo lo hizo a las pocas semanas. Resulta que sus paisanos, los hebreos, subieron a Peñalbuitre y le dijeron.

— Sansón, tienes que entregarte porque si no los filisteos acabarán con nosotros. Nos están friendo vivos a preguntas y registros. Deja que te amarremos.

Sansón se dejó amarrar para salvar a su pueblo. Pero en cuanto tuvo delante a los filisteos, se le puso la sangre de mal vino, enrojeció de ira, esculpió pectorales y reventó las cuerdas emitiendo un ¡Ahhhhh up!

Había por allí cerca un esqueleto de burro, le arrancó la quijada y con semejante artefacto se cargo a un millar de filisteos en menos que canta un gallo.

SEXTO TRABAJO

Aquella tarde se escondió en casa de una amiga pero a eso de la media noche le dieron un aviso: los filisteos rondan por todas las esquinas.

Entonces Sansón se levantó de la cama, atravesó las calles solitarias y se fue hasta los portones de bronce que protegen la ciudad. Los abrió de un embite, los sacó

de sus goznes, se los cargó a la espalda y se los llevó hasta lo alto de un monte dejando la ciudad de par en par.

Había que ver la alarma de los filisteos ante el temor de un ataque nocturno de sus enemigos. Esto ya era el colmo, había que deshacerse de Sansón.

SEPTIMO TRABAJO

A Sansón había empezado a encandilarle otra moza filisteas que se llamaba Dalila. Esto lo sabían los filisteos y un día la dijeron:

— A ver si te enteras de dónde saca Sansón toda esa fuerza.

Y como ya dijimos que a Sansón le pasaba lo que al león, que era fiero por fuera y lleno de miel por dentro, pues fue y se lo contó (o sea que le dijo lo del pelo) y Dalila se lo contó a los filisteos: que le sale de la coleta y que de un tijeretazo se le puede dejar como un flan.

Una noche Dalila lo emborrachó como una cuba, Sansón se le dormía en el regazo, cogió la moza unas tijeras y lo dejó en un dos por tres como un cabeza-rapada ("avant la lettre", es decir, adelantándose a la época).

Cuando Sansón se despertó, lo tenían amarrado de pies y manos y con el cráneo como un huevo. Fueron inútiles sus esfuerzos para romper sus ataduras, algo no funcionaba. Los filisteos se vengaron a lo bestia porque hasta le sacaron —¡ay pobre!— los ojos y lo engancharon a una rueda de molino para que diera vueltas como una mula ciega.

Pasó tiempo y tiempo y a Sansón le volvió a crecer el pelo. Notaba que volvía a tener fuerzas.

Y resulta que un día en que los filisteos celebraban la fiesta del Dragón, que era un dios espantoso al que veneraban en un templo gigantesco, llevaron a Sansón a la fiesta para reirse las tripas obligándolo a bailar.

Como el hombre estaba ciego le guiaba un lazarillo.

Llegados al templo Sansón dijo al muchacho:

— Llévame a donde están las dos columnas maestras que sostienen el edificio.

El lazarillo lo condujo hasta allí. El templo rebosaba de gente que rezaba, danzaba y ofrecía sacrificios con mucha sangre.

Al ver a Sansón se reían de él:

— ¡Ahí tenéis al coloso que nos hacía temblar como corderos! Ahora se tiene que apoyar en las columnas para no caerse.

Pero en aquel instante, encomendándose al Señor que no se olvida de su pueblo, Sansón sacudió con sus brazos las columnas y gritó:

— ¡Viva la muerte! ¡Aquí acaba Sansón y todos los filisteos!

Y el templo se derrumbó en una estruendosa catástrofe de piedras y de polvo.

Cuando desescombraron el lugar para llevarse los cadáveres, el de Sansón sonreía.

La parábola



El maestro que, en tres años de milagros y parábolas, no se había mudado la túnica ni para subir a la Pascua (algunos aseguraban que llevaba sin cambiarse desde chico, que la túnica se le estiraba y le crecía al mismo tiempo que la piel), se descolgó aquella tarde con una parábola de túnicas y banquetes.

Iba la cosa de un amo riquísimo y un banquete succulento y unos invitados pelmazos que no aceptaron la invitación.

El cocinero puso el grito en el cielo:

—¡Han despreciado mis lampreas cocinadas en su sangre! ¡Se han de comer los buitres mis patos aderezados con naranjas de Jericó!

El administrador puso el suyo, con mayor comedimiento, en los pasillos de la casa:

—¡En las arcas no queda ni un dracma! Si las ostras del aperitivo no contienen perlas, ya puede mi amo, oh Señor de los Ejércitos, arrimarse a una esquina y entonar un “treno”.

Y se mesaba los cabellos como si esperara encontrar entre sus greñas el dracma perdida.

El amo, por su parte, fruncía el entrecejo y mascullaba sentencias del Libro del Eclesiastés:

—¡De los amigos de la infancia, fíate y no corras!

Hasta que por fin dio una orden a los criados:

—Salid a los caminos e invitad a mi mesa los mendigos. Eso sí, antes me los pasáis por la bañera, les dais una manita de perfume y les vestís decentemente. En arcones y armarios de mi casa encontraréis las túnicas de las doncellas que acompañaron a mi esposa el día de la boda y los mantos de los mancebos que me acompañaron a mí. Como me llamó Gedeón – Ben – Joseph que en esta casa se va a comer hasta la última quisquilla, pero quiero gente limpia a mis manteles.

Y así se hizo.

Por eso cuando entre los comensales apareció aquel hombre de la pelleja de cabra y el rostro ennegrecido como una plasta de estiércol, el amo se irritó.

—¿Pero de dónde diablos...?

Y nadie lo sabía. Alguno de los criados aventuró la sospecha de que se hubiera escondido en una de las grandes tinajas vacías que se amontonaban en el patio para colarse luego en las cocinas y sacarse la tripa de mal año.

Y entonces el amo sentenció como un trueno:

—¡Arrojadlo a las tinieblas exteriores!

Y los criados lo sacaron a la puerta como un fardo de basura.

* * *

La parábola de Jesús se terminaba ahí pero no era un buen final. El iba con su idea y se detuvo donde le convido. Los fariseos gruñían entre dientes:

—¿Y qué maestro es éste que no sabe rematar una parábola?

Educación religiosa en familia

Porque lo que ocurrió fué lo siguiente:

Como todos los pobres de la localidad se habían reunido en el banquete, el hombre de la pelleja de cabra era aquella noche el único mendigo que circulaba por las calles. A la gente se le puso el corazón de dulce y le dejaron espléndidas limosnas.

Cuando hubo juntado lo necesario, el hombre se compró una túnica de lana y un turbante a juego, se bañó en el Jordán, se ungió la cabeza con perfume y se presentó en el lugar de donde había sido arrojado. Nadie le reconoció.

El amo estaba orgulloso, por fin un caballero principal se sentaba a su mesa.

Los criados le acercaron una copa de oro y la llenaron de vino. Pero el mendigo dijo al amo:

—No permita Yahvé que se tiñan de vino los labios de su siervo sin que comparta esta copa con el mendigo que tienes a la puerta.

Palideció el anfitrión ante aquellas palabras pero antes de que lograra disculparse el mendigo sentenció:

—Porque así está escrito: no le aproveche el festín a quién no comparte su copa con el menesteroso. Vete, pues, tú mismo y trae acá al mendigo si no quieres que la maldición del Señor caiga sobre tu casa.

El amo, desfavorido, se dirigió a la puerta. No había nadie. Las tinieblas exteriores se habían cargado de un vaho de tormenta. Se encendían los relámpagos como violentas vidrieras en el cielo nocturno.

—¡Oh ilustre huésped!, dijo el amo regresando a la sala del banquete, el mendigo ha desaparecido.

—Búscales entonces por toda la ciudad —volvió a decir el hombre— y no vuelvas a tu casa mientras no le hayas encontrado. La ira del Señor nos sepultará bajo tu techo como a la prole de Job si no das con el más pobre de los hijos de Israel.

Y el amo se lanzó a la noche que empezaba a desgarrarse en gruesos hilos de lluvia.

* * *

Regresó de madrugada. En la sala del banquete los mendigos dormían sobre los manteles. Los criados cabeceaban de pie junto a las puertas; se sabían de memoria la parábola del amo que al regresar a medianoche suspendía de empleo y sueldo a los que no le aguardaban con los ojos abiertos.

Pero no lo conocieron.

Sus vestidos estaban destrozados por los dientes de los mastines que acompañaban a la ronda nocturna. Sus cabellos aparecían mojados y pegados a la cara. Todo el furor de la tormenta había descargado sobre sus costillas y las salpicaduras del barro le llegaban a la frente.

—¿A dónde vas?, le preguntó el mayordomo.

—A mi casa, respondió con fatiga.

—Pues busca tu casa donde la hayas construido, que en casa de mi amo no entra nadie que no vista la túnica de fiesta.

Y lo arrojaron fuera.

* * *

El mendigo se reía a carcajadas cuando lo contaba al día siguiente por las esquinas del mercado.

Al enterarse Jesús esbozó una sonrisa y dejó al personal desconcertado cuando dijo:

—Pues así será también el Reino de los Cielos. El que pueda entender que entienda.

Un cuento para «adultos»

Diálogo de pinzones

(La historia de Pulgarcito a vista de pájaro)

—Ayer se nos dió mal el día a mi marido y a mí en la rebusca de comida por el bosque. Teníamos hambrientas a nuestras cuatro crías. Ya se sabe que los pinzones somos de buen pico y que los hijos de los pinzones salen en esto al pico de sus padres.

—Hoy lo tenemos chungo —rezongó mi marido— No asoma ni la cabeza de un gusano en todo el bosque.

—Si cayesen unas gotitas —dije yo— los gusanos saldrían a cantar bajo la lluvia, ¡pero hay que ver qué sol!

Estábamos hablando, cuando vimos a un leñador que atravesaba la espesura con sus siete hijos. El último era tan pequeño que sus hermanos le llamaban Pulgarcito.

—No es más grande que una ardilla —dije yo— y hasta se le podría hacer un traje con un guante.

—¡Pues anda que no exageras, pajarita!

De pronto observamos que mientras caminaba (era el último de la fila), iba dejando caer por el sendero un reguerillo de bolitas blancas.

—Parecen peladillas.

—Mucho me extrañaría —dije yo— que si fueran peladillas las derrochara de ese modo.

Aguardamos a que el leñador y su prole desaparecieran del contorno y nos bajamos a mirar.

—¡Ay, ay, ay! —se alborotó mi marido— ¡Ay el maldito enano y qué dolor de pico! ¡Que la serpiente de agua dulce me coma si esto no es pura y dura pedrería del arroyo!

Pocas horas después, a la caída del sol, vimos al leñador que a paso de lobo se alejaba entre los árboles.

—¡Qué cosa tan rara! —comentó mi marido— Es como si jugaran a guardias y ladrones.

—Eso será —dije yo sin mucho convencimiento.

Pero un poco más tarde, con la primera luna por encima de los árboles y el primer lobo aullando bajo la luna, vimos que los hijos del leñador regresaban recogiendo uno a uno los guijarros que blanqueaban en el camino.

—¡Vaya un juego más tonto!, insistió mi marido.

A la mañana siguiente, con el bosque cubierto de rocío y el primer sol repeinándose las primeras luces, la escena se volvió a repetir.

Otra vez apareció el leñador encabezando la tropa de sus siete hijos y otra vez el más pequeño, siempre el último de la fila, se entretenía en sembrar de chinitas blancas el camino, ¿o ya no eran chinitas las que caían sobre la tierra húmeda?

—O yo no tengo ojos de pájara —le dije a mi marido— o se trata de otra cosa. Escucha, no hacen ruido al caer y hasta me llega un olorcillo a pan caliente.

Y nos lanzamos desde las ramas más altas para averiguarlo.

¡Qué alegría la nuestra cuando, por puro juego del último de la fila, nos dimos con un tesoro de migas de pan casero todavía calentito!

No dejamos ni una.

Luego, por la noche, con la cabeza bajo el ala, oíamos llorar a siete niños en el bosque. Lloraban y lloraban. Pero ya se sabe que la luna es una mala bruja, la luna es un gigantón de plata que trae los malos sueños a los niños. Y de todas maneras, con la luna o sin la luna, los niños suelen dar una tremenda tabarra por las noches.

L.B.V.